

REAL SITIO DE ARANJUEZ

Accesibilidad para todas las personas



REAL SITIO DE ARANJUEZ

Accesibilidad para todas las personas





Plaza de Armas.

Prólogo

En 2009 Patrimonio Nacional, el Real Patronato sobre Discapacidad y la Fundación ACS empezaron una colaboración que ha permitido mejorar sustancialmente la accesibilidad en muchos de los edificios históricos que gestionamos. Ha sido un largo camino de aprendizaje desde las primeras actuaciones en el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial hasta estas últimas realizadas en el Palacio Real de Aranjuez y los jardines de ese Real Sitio, cuyo detalle se recoge en esta publicación.

En esta ocasión, al igual que en otras anteriores, no solo se han realizado intervenciones que mejoran la accesibilidad de personas con movilidad reducida, sino que se han contemplado otras discapacidades para abordar las mejoras desde una perspectiva más global. Así, se ha instalado una maqueta tiflológica, de grandes dimensiones, en el centro de recepción de visitantes que permite la percepción a personas con discapacidad visual del conjunto histórico del Real Sitio y se ha mejorado la señalización para personas con discapacidad cognitiva.

Aranjuez destaca, sin lugar a duda, por sus jardines. El más antiguo, el Jardín de la Isla, fue diseñado definitivamente en época de Felipe II por su arquitecto Juan Bautista de Toledo. Sus fuentes y esculturas, la vegetación y su ubicación cercana al Palacio -separado por una ría artificial del Tajo-, hace de este enclave un auténtico museo al aire libre. Al Jardín de la Isla se llega atravesando el Parterre, Jardín mandado construir por Felipe V según los principios de la jardinería clásica francesa, situado entre la fachada oriental del Palacio, el río Tajo, la Casa de Oficios y el Jardín del Rey. Otro espacio ajardinado de importancia sobresaliente es el Jardín del Príncipe, cuya creación se debe a Carlos IV y está inspirado en la moda inglesa y francesa de jardín paisajista de fines del XVIII. Conociendo la importancia de estos jardines y sus numerosos visitantes, se han instalado

seis paneles informativos con planos tiflológicos en los accesos principales a los jardines del Parterre, de la Isla y del Príncipe. En estos paneles se incluye información sobre horarios generales y del funcionamiento de las fuentes. Además, los planos hápticos permiten ubicar los elementos más significativos tomando como referencia los límites de los jardines, el palacio y el río, cuya presencia acompaña el recorrido por estos espacios.

Una parte fundamental de esta actuación ha sido la renovación de las rampas de acceso al palacio, que solucionan pasos donde existen desniveles en la arquitectura original que dificultan el tránsito para las personas con movilidad reducida. También se han reformado los aseos para turistas existentes en el Jardín de la Isla haciendo accesible una de las cabinas. Del mismo modo, en los accesos al Parterre se han instalado rampas que permiten alcanzar la cota del jardín de forma accesible.

En esta intervención se mantienen los criterios de reversibilidad y proporción establecidos para actuar en nuestro patrimonio histórico, desarrollando diseños que permiten la mejor integración en el conjunto monumental. Son diseños sencillos que respetan los espacios arquitectónicos y los hacen accesibles para todas las personas. Sin duda, esta actuación facilitará a las personas con discapacidad disfrutar de forma autónoma de la riqueza de nuestro patrimonio cultural y natural.

Estamos orgullosos del excelente resultado de esta alianza ya consolidada entre el Patrimonio Nacional, el Real Patronato sobre Discapacidad y la Fundación ACS que, año tras año, ayuda a mejorar la accesibilidad de la cultura para todas las personas.

Ana de la Cueva Fernandez
Presidenta de Patrimonio Nacional



Río Tajo a su paso junto al Palacio.



Escultura de Felipe II en el Jardín del Rey.



Fuente de las Nereidas.

Historia del Real Sitio de Aranjuez

Isabel I de Castilla y León hizo que recayese en su marido, Fernando V, el cargo de gran maestre de la Orden de Santiago. Con ello el heredamiento de Aranjuez pasó a integrarse en el conjunto de bienes que constituían el Patrimonio Real, denominado Patrimonio Nacional desde 1940.

Desde entonces, Aranjuez constituyó el lugar idóneo para que los reyes de España pasaran la primavera, desde que acababa la Semana Santa hasta finales de junio, pues la fertilidad del suelo y la suave temperatura hacían muy placentero el lugar.

En la ordenación de Aranjuez como territorio representativo del poder real destacan dos épocas: una, el reinado de Felipe II; la otra, los de Fernando VI y Carlos III. El resultado es un paisaje de huertas y jardines, estético y productivo a la vez. Con matices culturales diversificados a lo largo de esos tres siglos -desde el Renacimiento hasta el Romanticismo-, la riqueza natural del lugar, su humanización y el carácter modélico del conjunto manifestaron el poder y los ideales de la monarquía, rectora de una sociedad eminentemente agraria.

Felipe II se propuso hacer realidad el proyecto de su padre, el emperador Carlos V, para convertir Aranjuez en una “villa” regia, mediante la construcción de un nuevo palacio y edificios de servicio, la ordenación del territorio mediante un sistema de avenidas arboladas rectilíneas, el aprovechamiento de las aguas mediante presas y canales para regar las huertas y jardines, y la racionalización de las áreas de cultivo.

A Felipe II corresponden las principales obras hidráulicas y la ordenación de las huertas de la vega mediante una estructura geométrica típicamente manierista de calles arboladas, emparentada con las realizaciones urbanas de Juan Bautista de Toledo en Nápoles y de Domenico Fontana en Roma, y

precursora de los posteriores trazados de parques barrocos. Las áreas al oeste del Palacio, las huertas de Picotajo, las Doce Calles, y la calle de la Reina constituyen los principales elementos de este conjunto, cuyo centro focal era el Palacio -con sus jardines cerrados- y el Jardín de la Isla.

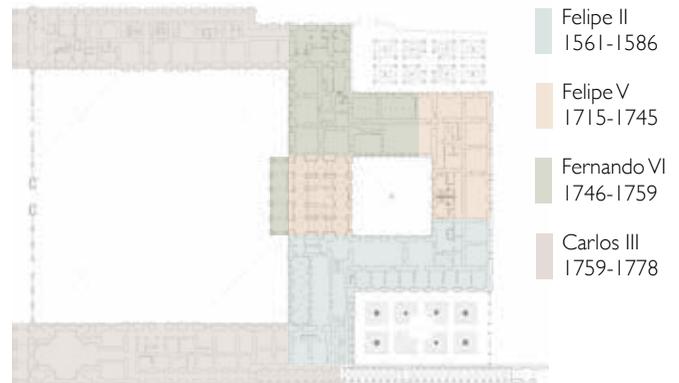
Aunque los edificios del Palacio y dependencias adyacentes quedaron sin acabar hasta el siglo XVIII, Felipe II y sus arquitectos habían establecido los elementos esenciales y las pautas para un posible desarrollo del Real Sitio, al que los Austrias del XVII aportaron nuevos ornamentos en la Isla -las fuentes- y en el interior del palacio.

Al acabar la Guerra de Sucesión, Felipe V ordenó en 1715 que se emprendiese la terminación del Palacio, y creó los nuevos jardines del Parterre y de la Isleta. Pero fue Fernando VI quien dio al Sitio una dimensión nueva al crear una pequeña ciudad cortesana donde se alojasen cuantos siguieran a los reyes en las “jornadas”, perfectamente ordenada según el plan del arquitecto Santiago Bonavia con manzanas regulares y amplias calles y paseos arbolados. Carlos III, además de continuar la creación urbanística de su hermanastro hasta hacer de ella un modelo de ciudad dieciochesca europea, amplió los jardines, los cultivos y las calles arboladas de Aranjuez, haciendo del conjunto el ejemplo de explotación agrícola racionalizada que el despotismo ilustrado deseaba como base económica del Estado. También surgió entonces, como desarrollo de otros vergeles preexistentes, el Jardín del Príncipe, ampliado a su vasta escala actual por esa persona real cuando ocupó el trono con el nombre de Carlos IV.

En este magnífico conjunto destacan, como piezas esenciales, el Palacio Real, los jardines inmediatos a él -la Isla, en especial- y el Jardín del Príncipe.

El Palacio Real

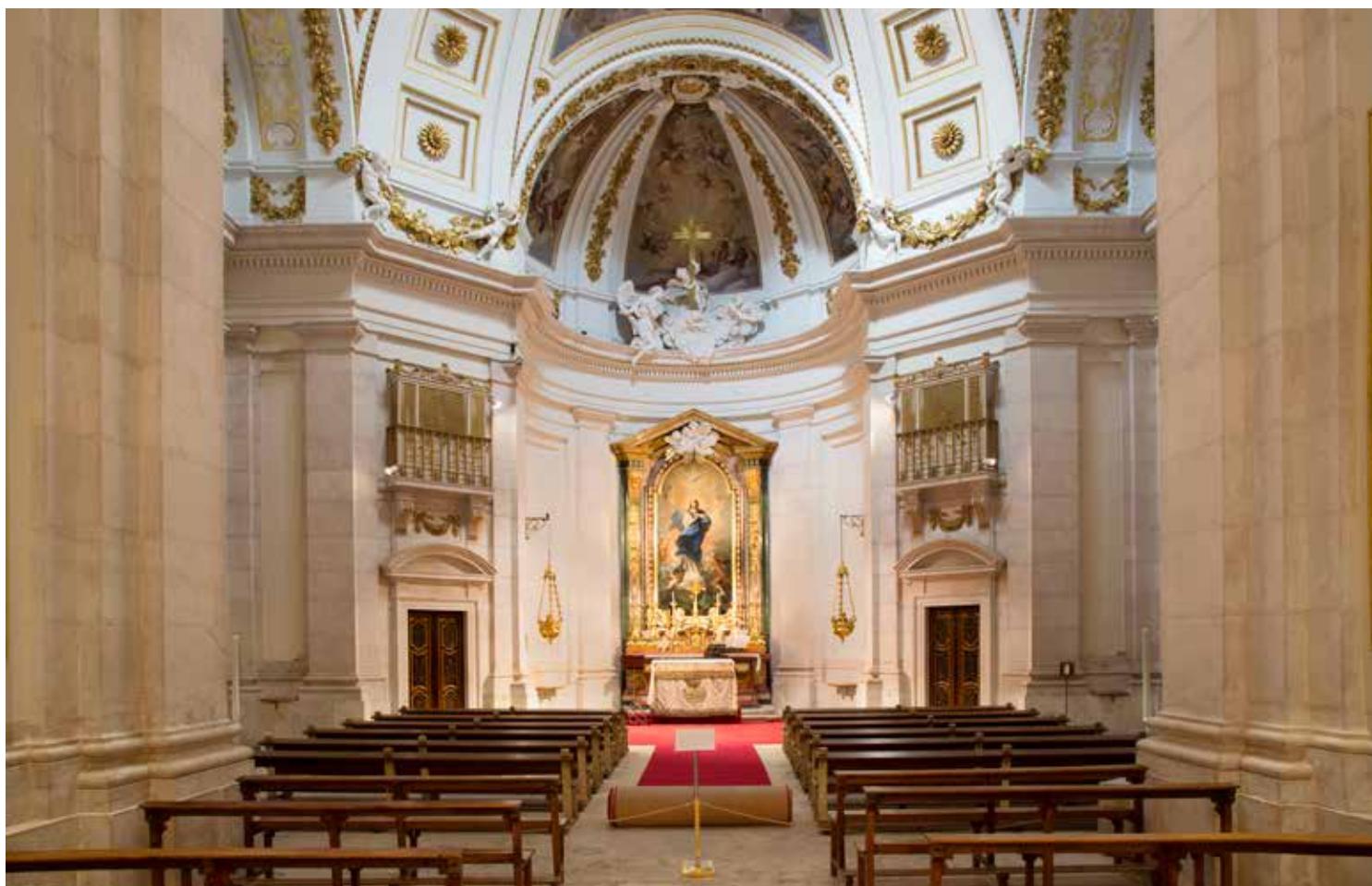
Las dos alas construidas por Sabatini albergan el Teatro y la Real Capilla; quedaron concluidas respectivamente en 1775 y 1778, y forman un patio de honor a la francesa llamado Plaza de Armas. La fachada principal de Palacio, tan unitaria en apariencia, integra partes levantadas en un lapso de casi dos siglos. El sector central, con el pórtico y el frontis coronado por las esculturas de Felipe II, Felipe V y Fernando VI, se debe a Bonavia y data del reinado de Felipe V, como el sector izquierdo con la cúpula del antiguo Teatro, mientras que el sector derecho con la cúpula gemela de la antigua Capilla se remonta al reinado de Felipe II.



Francesco Battaglioli. Vista del Palacio de Aranjuez, 1756. © Museo Nacional del Prado.



El proyecto original de Juan Bautista de Toledo era una curiosa solución al tema renacentista de la villa regia, una residencia campestre para el descanso del rey: como palacio resultaba convencional en la disposición del patio central y en el aire formal de su frontispicio; en contraposición, era propio de su carácter de villa el ser un edificio muy abierto, pues tanto en la fachada principal como en las laterales, hacia los jardines, había en planta baja galerías de arcos, que posteriormente fueron macizados y suplantados por ventanas. A la vez, quedaba aislado del exterior gracias a los "jardines cerrados" que lo habían de rodear; y, en suma, resultaba una obra característica del arte de corte de Felipe II, en el que se amalgaman las peculiaridades españolas y las influencias del Manierismo italiano: la traza clasicista de sus fachadas y detalles arquitectónicos corresponde al estilo vigente en Roma durante la década central del siglo XVI.



Capilla Real.

En la parte del Palacio construida por Felipe II, los soberanos de la Casa de Austria habitaron las salas que asoman al Jardín del Rey. En el siglo XVIII, con la continuación de las obras y la conclusión del Palacio, los monarcas de la Casa de Borbón variaron la antigua distribución de las salas y ordenaron decoraciones a su gusto. Las salas mantienen una parte del mobiliario de los años de Carlos IV, aunque abundan los muebles fernandinos y hay conjuntos enteros del tiempo de Isabel II. Cabe destacar el despacho de Carlos II y la parte subsistente de la galería de Felipe IV; la sala de la conversación de Fernando VI, el gabinete de porcelana de Carlos III, el de Espejos de la reina María Luisa, el oratorio de Carlos IV, y la sala de fumar del rey Francisco. La capilla, consagrada el 25 de marzo de 1779, es obra del arquitecto palermitano Francisco Sabatini y está decorada con frescos de Francisco Bayeu, de 1778-1779.



Gabinete de porcelana de Carlos III. © Patrimonio Nacional.



Jardín del Rey.

El Jardín del Rey y el Parterre

Ante la fachada meridional de Palacio, la única que se remonta enteramente al siglo XVI, está el Jardín del Rey, que es un ejemplo modelo del “jardín cerrado” adornado con estatuas, síntesis de la herencia mudéjar y de las influencias renacentistas italianas, tan usual en los Palacios Reales españoles de los Austrias. Este jardín y otros dos similares, uno al norte y otro a lo largo de la fachada oriental, habían de formar un conjunto de *giardini segreti* en torno a la residencia regia, de modo prácticamente igual al de los que en El Escorial rodean la Casa del Rey. Concebido por Juan Bautista de Toledo, fue llevado a cabo por Juan de Herrera a partir de 1577, y se acabó en 1582, cuando quedó colocada la fuente de jaspe verde labrada por Roque Solario, y restaurada, como todo este jardín, en 1986. Los caminos, que originalmente estaban solados con ladrillo, fueron empedrados tal y como ahora se ve en 1622, cuando Felipe IV dio al jardín un carácter distinto mediante la sustitución de parte de las “grutas” por hornacinas y la colocación de un conjunto de esculturas que lo dotaban de un significado político-dinástico.

Además de verlo desde sus balcones, el rey podía contemplar el jardín bien desde las “grutas” o pequeñas habitaciones situadas en el testero que mira a oriente y pensadas para gozar del jardín desde un sitio fresco y retirado, bien desde la galería baja de la fachada, que era una *loggia* abierta hasta que Felipe V mandó dividirla para dar alojamiento a uno de sus hijos y cerrar los arcos con ventanas. La terraza construida en 1582 sobre la arquería que une el Palacio con la Casa de Oficios fue concebida también como mirador, tanto hacia el jardín como hacia la Plaza de las Parejas, destinada a espectáculos.



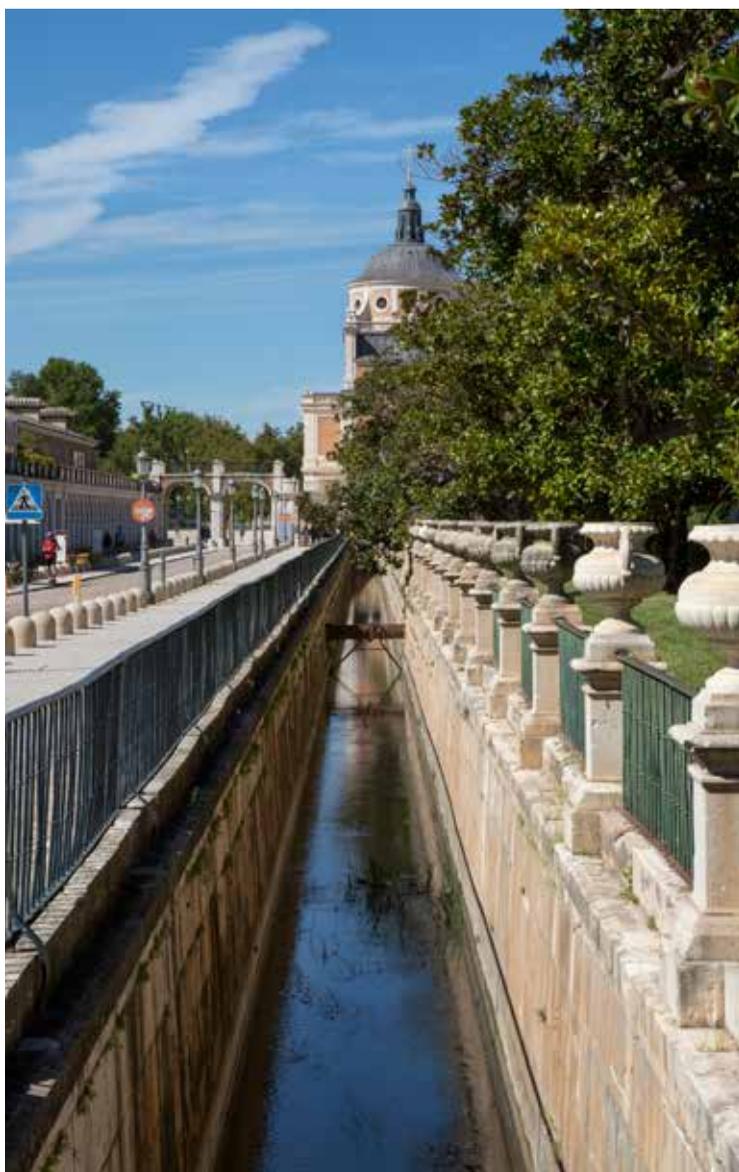
Plaza de las Parejas.



Vista del Parterre desde Palacio.

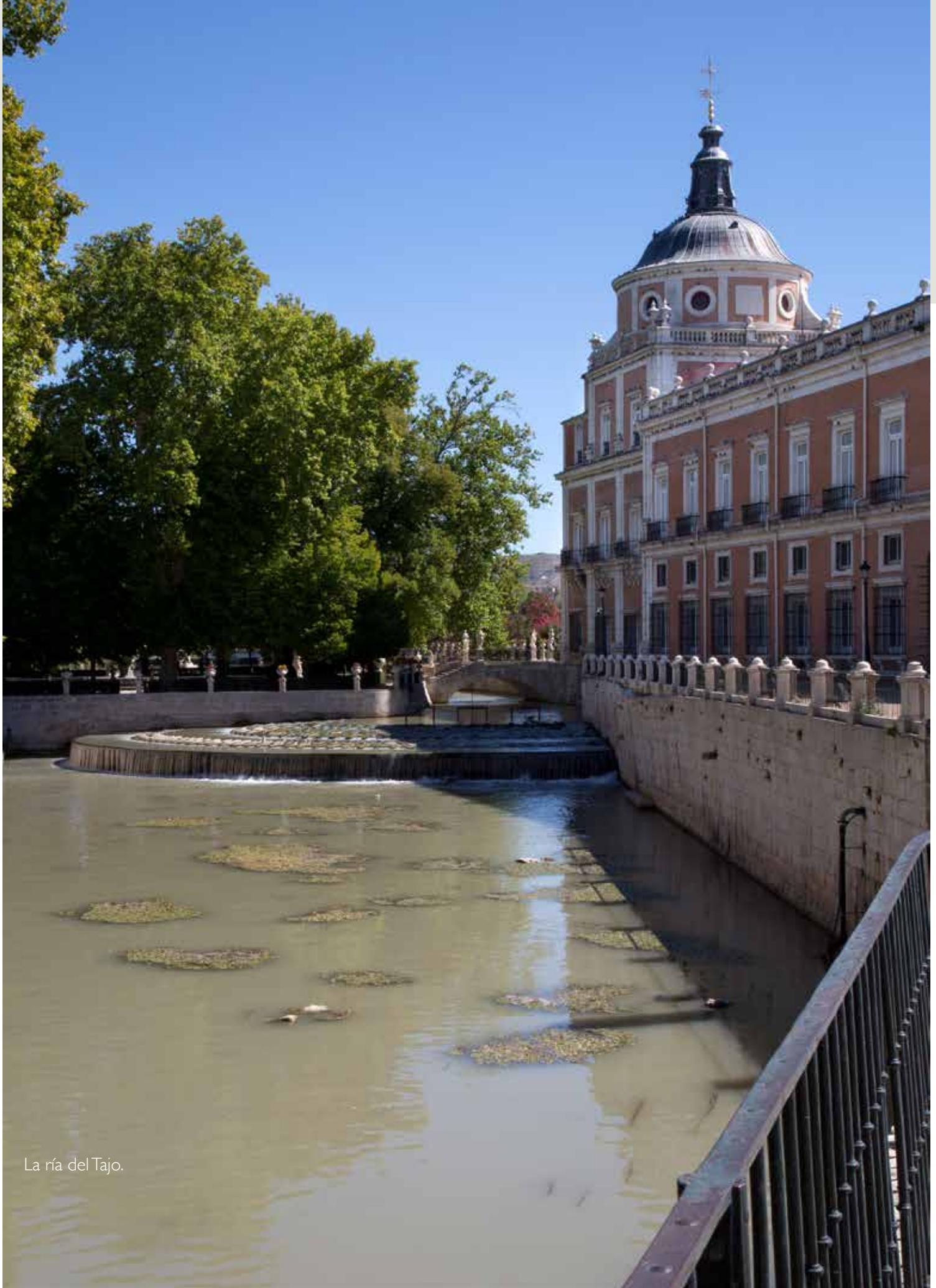
El Parterre, mandado construir por Felipe V en 1727 según el diseño del ingeniero Étienne Marchand, surge de un compromiso entre las formas de la jardinería clásica francesa de Luis XIV, por una parte, y los condicionamientos del lugar por otra: la posición relativa del Palacio, el Tajo, el puente y la Casa de Oficios, y la preexistencia del Jardín del Rey, cuyo muro de cerramiento se prolongó a lo largo de todo el perímetro del parterre actual salvo por la parte del río. El río remansado fue utilizado aquí de manera pintoresca como transición y frontera entre la naturaleza libre y la sometida a la etiqueta: la apertura sobre el agua provocaba, desde fuera, una sensación de accesibilidad distante, propia de la imagen del rey, y desde dentro permitía que la vista vagase sobre una extensión no limitado por muros. Este efecto se extendió hacia el lado de la ciudad cuando ésta ya había adquirido su empaque cortesano definitivo y podía integrarse con el jardín y el palacio: en 1760 Carlos III ordenó sustituir la pared, continuación de la del Jardín del Rey, que cerraba el Parterre hacia la plaza, por el foso de piedra de Colmenar proyectado y construido por el arquitecto Jaime Marquet. Barreras de este tipo -físico pero no visual-, inspiradas en los *ha-ha* franceses e ingleses, se habían empleado ya en varios parajes de Aranjuez durante el reinado de Fernando VI.

En 1871-1872 una reforma modificó el parterre con caminos sinuosos formando isletas, platabandas en torno a los estanques y coníferas que ocultaban el Palacio.



Foso entre el Parterre y la plaza de San Antonio.





La ría del Tajo.

El Jardín de la Isla

La fachada norte del Palacio está separada del Jardín de la Isla por una ría enlosada, que se ensancha en abanico formando la cascada llamada de las Castañuelas, obra de Bonavia. La ría se puede atravesar por dos puentes; uno, con escalones, data de 1733; el otro surgió en principio como simple boca de las compuertas que dan entrada al agua del Tajo, pero luego se habilitó encima una rampa para que entrasen en el jardín las carriolas, tal y como aparece en los cuadros de Battaglioli que muestran las fiestas de Farinelli en 1754: un ejemplo histórico de accesibilidad, pues aquí, como en Versalles, y desde luego en La Granja, era habitual el uso de ese tipo de triciclos, destinados sobre todo para la reina, princesas e infantas.



Puente sobre la ría, acceso al Jardín de la Isla.



Francesco Battaglioli, Fernando VI y Bárbara de Braganza en los jardines de Aranjuez, 1756. © Museo Nacional del Prado.

El Jardín de la Isla, que es el más importante de cuantos crearon los Austrias españoles, adquirió su estructura definitiva en 1560, merced a Felipe II y Juan Bautista de Toledo. En enero de 1561 el Rey dio la orden de trazar el jardín; poco después llegarían algunas especies de Flandes y Francia, y frutales de Andalucía y Valencia. Entre los jardineros flamencos y franceses –y un inglés– que trabajaron entonces destacan el flamenco Juan Holvecq y el italiano Jerónimo de Algora, que había hecho el parque de Castel Nuovo en Nápoles con Toledo. Juan Bautista de Toledo lo diseñó a base de rectángulos a lo largo del eje central, “porque siendo el jardín tan largo y poco ancho son más proporcionados los cuadros como están trazados que no cuadrados”, contra el parecer de Holvecq. En 1564 todo estaba ya plantado, se solaban de ladrillo las plazuelas del jardín y se traían de Italia los mármoles labrados para las fuentes cuya disposición ha de deberse a Toledo, aunque no se empezaran a colocar sino después de su muerte.

El trazado del Jardín de la Isla se basa en un fuerte eje central rodeado por compartimentos rectangulares que se dividen a su vez en cuadrados; los cruces de los ejes transversales más importantes con el eje central están marcados por plazoletas con fuentes, dispuestas así en una línea recta que, simplificando la distribución del agua, forma una perspectiva efectista. Esta calle central estaba cubierta en los siglos XVI y XVII por túneles formados con moreras y enrejados de madera llamados galerías o “folias”. De esta manera se establecía un contraste entre los umbrosos espacios de las calles cerradas con bóveda verde y los ámbitos de las plazuelas inundadas de sol, sólo tamizado por los árboles, donde reinaban los dioses de la mitología. Pequeños surtidores de agua o burladeros, dispuestos en el suelo a lo largo del camino, empapaban



Fuente del niño de la Espina.



Fuente de Hércules y la Hidra.

por sorpresa al paseante, que no podía escapar de la calle cerrada.

En la Isla se reunían, por tanto, la intimidad del jardín islámico con sus fuentes bajas, la ordenación geométrica y proporcional, los juegos de agua, los espacios cerrados y las alusiones mitológicas del jardín manierista italiano, y los parterres bajos de flores a la manera flamenca, especialmente de rosas a las que era muy aficionado Felipe II y que aquí se cultivaban para destilar aguas de olor:

La ordenación de las fuentes data de 1582, pero su número y riqueza experimentaron aportes sustanciales durante los reinados del hijo y del nieto de Felipe II. Especialmente importante es la colocación de nuevas fuentes bajo Felipe IV, en 1658-1661.

En el siglo XVIII la Isla sufrió reformas: las galerías se deshicieron dejando como una simple calle de árboles el eje central, y a sus lados los cuadros de boj recibieron trazados de bordado que, más o menos alterados, han llegado hasta nosotros. Los grandes bancos de piedra o “canapés”, muy bellos pero que tanto alteran las proporciones originales de las plazuelas, son obra de Sabatini durante el reinado de Carlos III.

La Isla acababa río abajo en una lengua de tierra que los sedimentos del Tajo iban haciendo cada vez mayor: en 1729 Felipe V decidió formar allí un parterre sobre muros de contención, a modo de mirador sobre el paisaje. Este apéndice del ya secular jardín se llamó la Isleta, y se construyó según proyecto de Esteban Marchand entre 1731 y 1737.

El Jardín del Príncipe

Una de las avenidas que irradia desde la cabecera del Parterre, la más cercana al río, es la calle de la Reina. Se trata de la pieza más antigua de todo cuanto la rodea, pues fue trazada en toda su extensión por Juan Bautista de Toledo durante el reinado de Felipe II. A su izquierda, entre la calle y el Tajo, dispuso aquel monarca algunas huertas y jardines que fueron ampliadas por Fernando VI; el resto del terreno hasta el río era un soto poblado de árboles, hasta que a finales del siglo XVIII se creó en lugar de todo ello un gran jardín paisajista: el Jardín del Príncipe

Como su nombre indica, debe su creación al futuro Carlos IV, quien lo inició siendo todavía Príncipe de Asturias y los concluyó siendo rey, entre 1789 y 1808. Contrapuesto al de la Isla, es un jardín paisajista que sigue la moda inglesa y francesa de fines del XVIII, pero conviene no olvidar que en él se integran elementos anteriores, como la huerta de la Primavera y el embarcadero de Fernando VI, y lo hecho por Carlos IV no es uno sino varios jardines.



Puerta del Embarcadero, acceso principal al Jardín del Príncipe.



Red de acequias.



Embarcadero de Fernando VI.

Entrando por el primero de sus accesos monumentales, la puerta del embarcadero, queda a la derecha la antigua huerta de la Primavera, y a la izquierda el Tajo, el cual describe una curva de manera que esta avenida acaba en el río: allí está el embarcadero que da nombre a la calle, precedido por una glorieta con cinco pintorescos pabellones. El más grande o pabellón real fue levantado por Bonavia en 1754, mientras que los otros cuatro se edificaron durante el reinado de Carlos III para que el Príncipe y la Princesa de Asturias, Carlos y María Luisa, los utilizaran como casino de recreo; entonces se dispuso también, entre ellos, un pequeño jardín ochavado.

Estos pabellones dispuestos a partir del embarcadero de Fernando VI dieron lugar al gusto del futuro Carlos IV por este lugar, donde pasaba las mañanas primaverales, y por tanto al Jardín del Príncipe, que fue surgiendo por adiciones sucesivas a partir de 1772.

El proyecto, o mejor dicho la sucesión de ampliaciones, se debe al jardinero Pablo Boulelou, que primero organizó una serie de pequeños jardines paisajistas, de acuerdo con la moda, en los espacios residuales entre el río y otros elementos ya creados: los pabellones, la calle del Embarcadero y la huerta de la Primavera. A este principio responden los cinco primeros "jardines" o compartimentos, que se llevaron a cabo entre 1775 y 1784; el plano entonces dibujado por Boulelou permite imaginar su estado original.



Dentro del área de los dos primeros jardines se encuentran el Fortín, inmediato al embarcadero, y el Castillo, inacabado. Entre la antigua Huerta de la Primavera y el Tajo, Pablo Boutelou dispuso los jardines “tercero” y “cuarto”, centrados en las fuentes de Narciso y en la de Ceres. Así llegamos a la calle de Apolo, donde acababa el jardín del Príncipe bajo Carlos III.

Fernando Bambrilla. Vista de la Casa del Labrador. Colección de vistas de los Reales Sitios, 1832. Biblioteca Nacional de España.

Reinando ya Carlos IV, Pablo Boutelou y Juan de Villanueva llevaron a cabo el sexto tramo del jardín, llamado entonces anglo-chino, y cuyo elemento central es un pintoresco estanque irregular, en cuyas orillas se levantan dos pabellones. El cenador “chinesco” fue renovado tras la guerra napoleónica por Isidro González Velázquez. El templete monóptero de orden jónico es el levantado por Villanueva, con diez columnas de mármol verde de Italia, que se trajeron de La Granja donde las había hecho llevar Felipe V. Completan el adorno arquitectónico del estanque dos “escollos” o rocas artificiales.

El sexto jardín acaba en la calle de las Islas Americanas y Asiáticas (o de Carlos III), donde empieza el séptimo, que se extiende hasta la calle del Blanco (o de Francisco de Asís), dividido en dos por la calle del Malecón. El muy notable tratamiento paisajista de esta parte del jardín, que se empezó hacia 1793, está muy desfigurado. También entonces se inició la ordenación del sector que quedaba entre los jardines sexto y séptimo y el río, zona denominada las Islas americanas y asiáticas en el siglo XIX por la procedencia exótica de la vegetación dispuesta en senderos tortuosos, colinas y riachuelos artificiales. En esta zona debieron concentrarse, por tanto, la mayor parte de las especies exóticas traídas por Carlos IV, a las que aluden las descripciones del XVIII, constituyendo la riqueza botánica el elemento de mayor valor del jardín, por encima de su trazado. Parece ser que Carlos IV quiso hacer en este rincón, el más apartado del jardín, varias arquitecturas de jardín que no llegaron a concluirse y entre las que destaca el montículo artificial llamado la “montaña rusa”. En su base se empezaron unas interesantes estructuras con aspecto de sala basilical según diseños de Villanueva; pero quedaron inacabadas y su discípulo Isidro Velázquez, ya en tiempo de Fernando VII, se limitó a coronar la elevación con un templete de madera, cuadrado, similar al del “chinesco” pero mucho más sencillo.



Fernando Bambrilla. Vista de la Fuente del Narciso en el Jardín del Príncipe. Colección de vistas de los Reales Sitios, 1832. Biblioteca Nacional de España.

El octavo jardín empieza en la antigua calle del Blanco, llamada de don Francisco de Asís desde el reinado de Alfonso XII, cuando, en 1882, se reemplazaron sus antiguas alineaciones de chopos de Lombardía por coníferas. Este jardín, que rodea la Casa del Labrador, fue creado en 1803 al terminarse aquella, pero muy poco se parece a como originalmente fue. La Casa del Labrador quedaba aislada por un antiguo cauce o madre del Tajo que se mantuvo a modo de ría y que se atravesaba por medio de tres puentes de

madera. La ría fue suprimida por Isidro González Velázquez en 1828, formando una amplia plaza con árboles pequeños y cuadros de flores que progresivamente se ha ido estrechando.

El resto del terreno que se extiende entre la calle de la Reina y el Tajo, constituye el Parque de Miraflores, formado en 1848 por iniciativa del marqués de ese título, gobernador de Palacio durante los primeros años del reinado de Isabel II, y según el proyecto de J. Whitby.



Cenador Chinesco. ©Patrimonio Nacional.



Acceso al Palacio Real desde la Plaza de las Parejas.

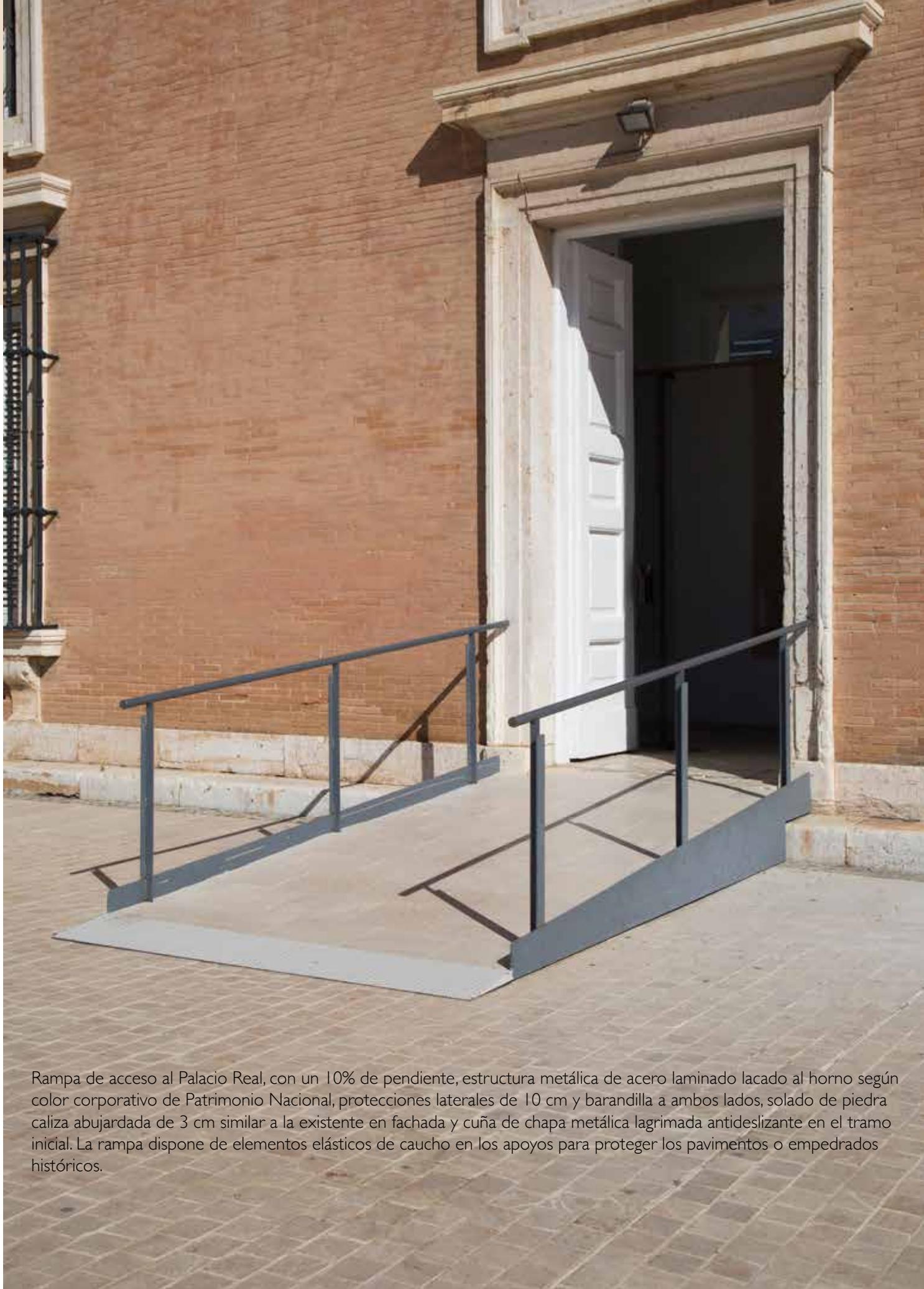
Intervenciones de mejora de la accesibilidad

En el marco del Convenio de Colaboración entre Patrimonio Nacional, Real Patronato sobre Discapacidad y la Fundación ACS, se han llevado a cabo intervenciones en el Palacio Real de Aranjuez y sus jardines, para permitir la visita de todas las personas a este Real Sitio declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 2001.

Las intervenciones siguen en todo caso las directrices de los técnicos de Patrimonio Nacional, institución responsable de la conservación de los Reales Sitios, así como los criterios de mínima intervención y reversibilidad que deben acompañar toda actuación sobre un bien patrimonial. Asimismo, dan respuesta a las demandas de las personas con discapacidad y garantiza que todas las personas puedan disfrutar de un sitio privilegiado y significativo de nuestra historia en igualdad de condiciones, independientemente de sus capacidades.



Fuente de Hércules y Anteo.



Rampa de acceso al Palacio Real, con un 10% de pendiente, estructura metálica de acero laminado lacado al horno según color corporativo de Patrimonio Nacional, protecciones laterales de 10 cm y barandilla a ambos lados, solado de piedra caliza abujardada de 3 cm similar a la existente en fachada y cuña de chapa metálica lagrimada antideslizante en el tramo inicial. La rampa dispone de elementos elásticos de caucho en los apoyos para proteger los pavimentos o empedrados históricos.

Palacio Real

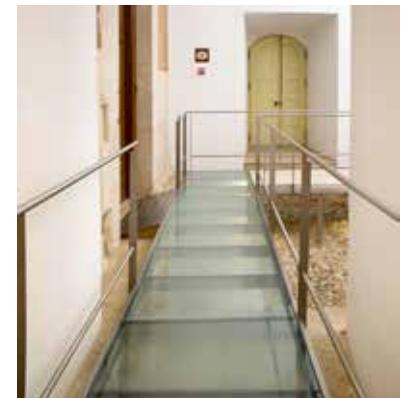
El acceso al Palacio Real se realiza desde la Plaza de las Parejas gracias a una rampa exterior que permite acceder al ala sur de Palacio, levantada por Sabatini bajo el reinado de Carlos III. Ahí se ubican las zonas de control y recepción de visitantes, con bucle magnético instalado, así como una maqueta tiflológica del Real Sitio y su entorno para facilitar la ubicación y orientación en todo el conjunto.



Maqueta tiflológica.

Modelada con impresora 3D, la maqueta está fabricada en resina epoxi líquida, con esculturas y fuentes de PVC. Realizada según normativa de la Comisión Braille Española de la ONCE-2006 y la norma española UNE 17002-2009.

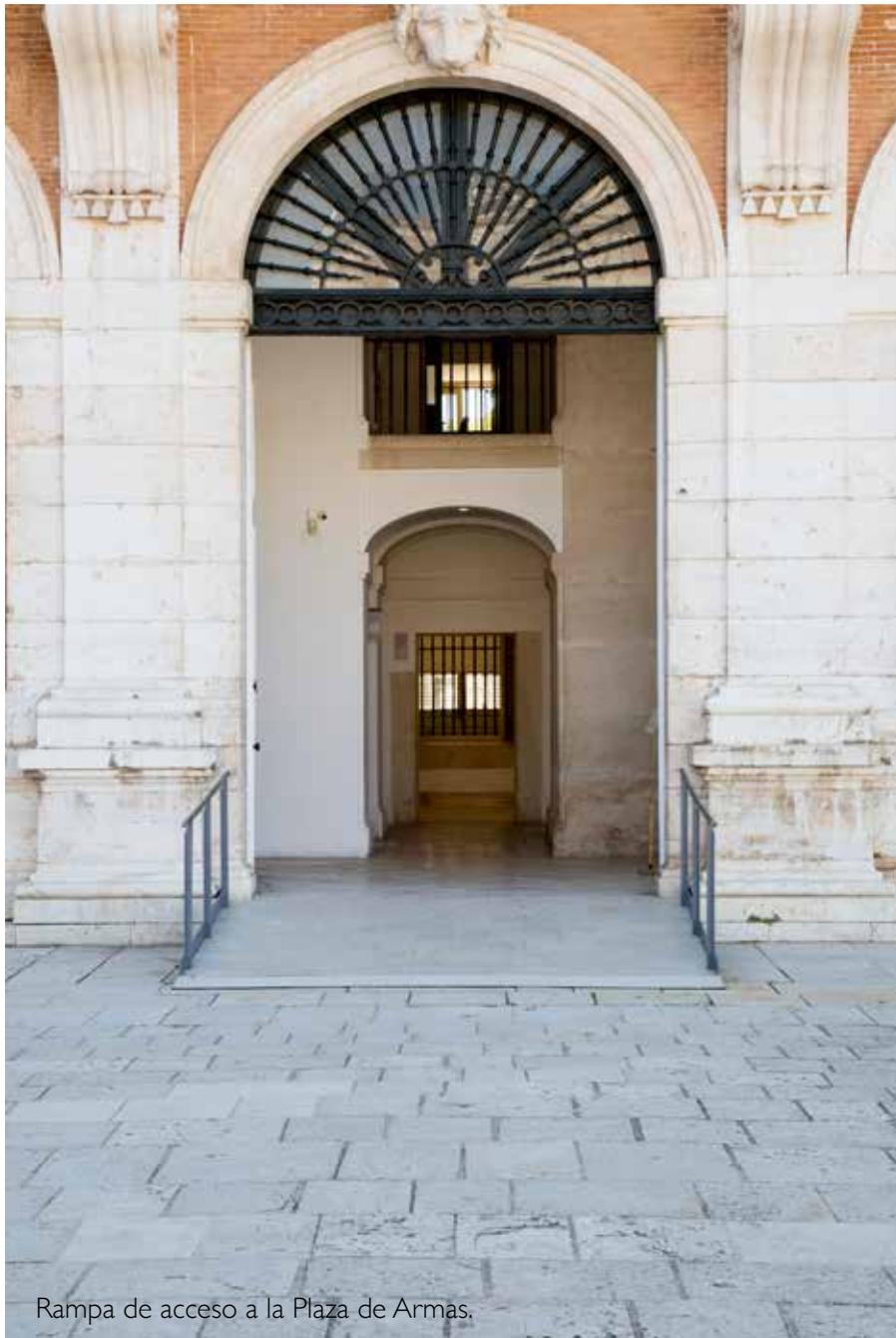
Desde esta zona se inicia la visita de forma accesible a las áreas de Palacio más antiguas, las que corresponden a las dependencias de la Torre Sur o Torre de la Capilla que datan de la época de Felipe II, espacios que perdieron su uso religioso para acomodar habitaciones con las reformas posteriores de Sabatini.





El itinerario continúa por la Plaza de Armas, el patio de honor conformado entre las dos alas de Palacio, gracias a otra rampa exterior de semejantes características a la anterior. Desde este espacio se puede contemplar la fachada principal con las esculturas de Felipe II, Felipe V y Fernando VI sobre el pórtico, y acceder a la zona central del Palacio salvando los desniveles con rampas exteriores ubicadas en los laterales.





Rampa de acceso a la Plaza de Armas.

La entrada por las puertas originales de Palacio se posibilita gracias a la instalación de cuñas de madera, tanto al exterior como al interior, que salvan los travesaños inferiores de las puertas.



Doble rampa de madera formada por tableros de Iroco tratado en autoclave de 45 mm de espesor, con pendiente del 10% y elementos elásticos de caucho en los apoyos para proteger los pavimentos históricos.

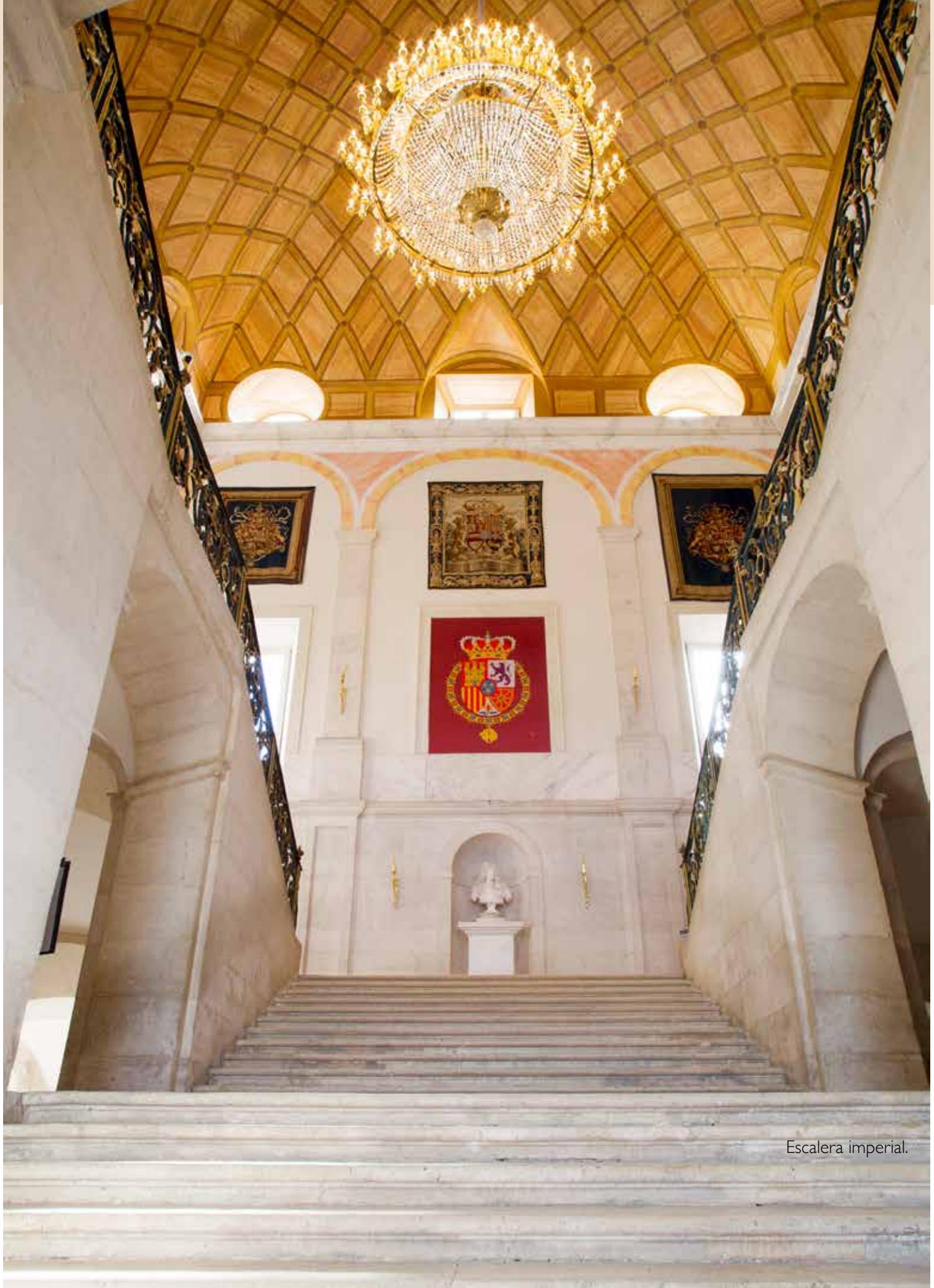


En la planta baja de la zona central de Palacio se ubica la escalera imperial, obra de Giacomo Bonavia, con peldaños de una sola pieza, de piedra procedente de Colmenar de Oreja. En ella se ubican los bustos de Luis XIV (el Rey Sol), María Teresa de Austria y Luis de Francia (el Gran Delfín), y destaca por la bóveda que la cubre que imita maderas cruzadas y una lámpara que fue la primera de gas en España. En esta planta baja se puede visitar la Sala de los Trajes, donde se exponen los trajes de boda de los miembros de la Casa Real.

En este mismo nivel, cruzando el patio interior de Palacio, se accede a un núcleo de aseos que dispone de módulos accesibles. Para mejorar el acceso desde este patio empedrado se ha incorporado una doble rampa exterior e interior que facilita el acceso a la zona de aseos accesibles y taquillas, y se ha repuesto parte del solado.

Rampa en el patio interior del Palacio, con un 10% de pendiente, estructura metálica de acero laminado lacado al horno según color corporativo de Patrimonio Nacional, protecciones laterales de 10 cm, solado de piedra caliza abujardada de 3 cm similar a la existente en fachada y cuña de chapa metálica lagrimada antideslizante en el tramo inicial. La rampa dispone de elementos elásticos de caucho en los apoyos para proteger los pavimentos o empedrados históricos.





Escalera imperial.

El itinerario turístico en el Palacio continúa en la planta primera, por la escalera imperial. Como alternativa accesible, el recorrido para personas con movilidad reducida o carros de bebé conduce nuevamente a la Plaza de Armas, por las rampas de madera de iroko que salvan los travesaños de las puertas de Palacio y la rampa de estructura metálica que salva los desniveles bajo el pórtico principal. El ascensor que permite el acceso a la planta primera está ubicado en el ala norte de Sabatini, cuyos escalones de acceso se han salvado gracias a la instalación de una rampa exterior de estructura metálica y sin barandillas. Este tramo de uso restringido por el ala norte de Palacio comunica con la parte superior de la escalera imperial, para iniciar así el recorrido por las distintas dependencias reales:

Rampa de acceso al ala norte, con un 10% de pendiente, estructura metálica de acero laminado lacado al horno según color corporativo de Patrimonio Nacional, protecciones laterales de 10 cm, solado de piedra caliza abujardada de 3 cm similar a la existente en fachada y cuña de chapa metálica lagrimada antideslizante en el tramo inicial. La rampa dispone de elementos elásticos de caucho en los apoyos para proteger los pavimentos o empedrados históricos.





Acceso a los jardines.

En el ala sur, por donde se inicia la visita de esta planta principal, se recorre la Sala de los Alabarderos, la Galería de Paisajes, el despacho de Carlos II con frescos de Luca Giordano, la Antecámara del Rey, el Oratorio de la Reina María Luisa de Parma y la Cámara del Rey. En el frente oriental se recorre el Gabinete Árabe o sala de fumar, el Salón de Baile y el Comedor de Gala con un suelo de estuco. Y en el ala norte se visita el Tocador de la Reina y su dormitorio, el Gabinete de Porcelanas procedentes de la Real Fábrica de Porcelana del Buen Retiro, el Despacho de la Reina, el reclinatorio de Carlos IV, el Salón del Trono, el salón de billar, el anteoratorio y el oratorio de Carlos IV, la Cámara de la Reina y su Antecámara, la Saleta de la Reina y el zaguanate de Alabarderos.

La visita al Palacio termina descendiendo nuevamente por el ascensor del ala norte, para atravesar la Plaza de Armas y recorrer la parte del ala sur que permite contemplar la Capilla Real, antes de salir al exterior, a la Plaza de las Parejas.

La visita continúa por los jardines próximos a Palacio, tanto el Jardín el Rey y del Parterre, como el Jardín de la Isla.

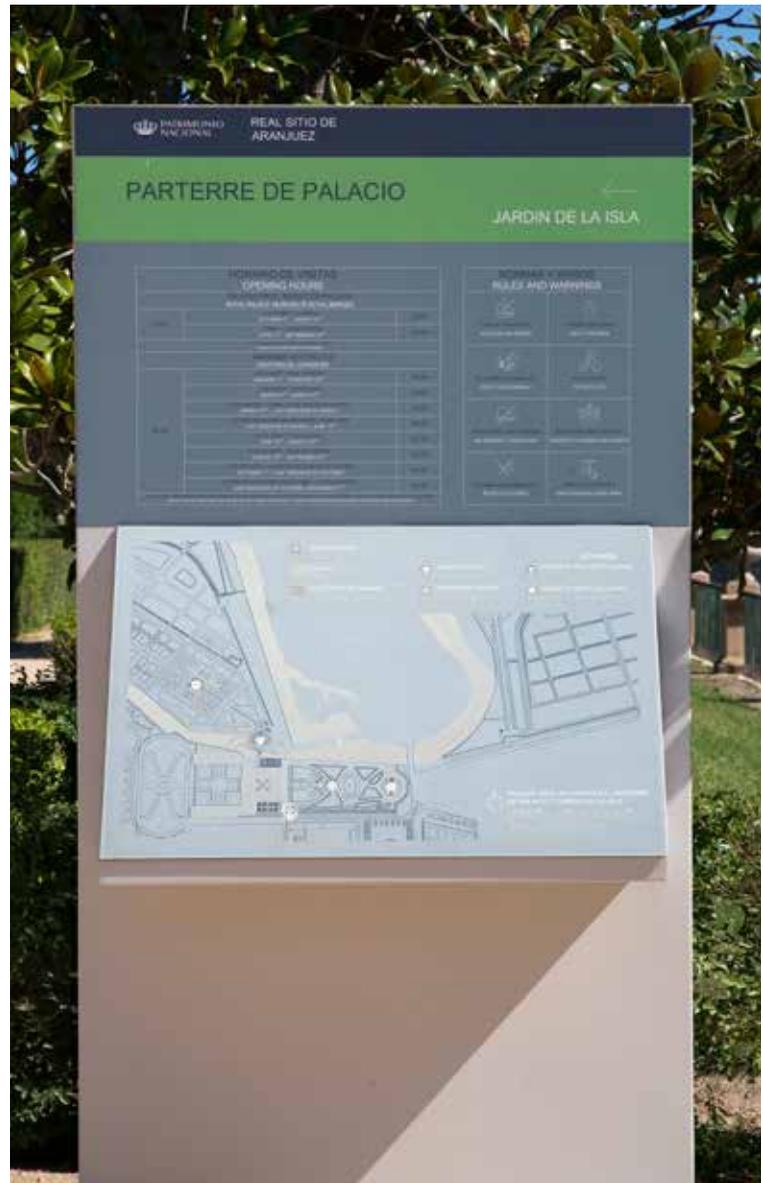
Jardines

Para eliminar las barreras arquitectónicas presentes en el acceso a los jardines de Rey y el Parterre, bajo la arquería que une el Palacio con la Casa de Oficios, se ha instalado una pieza compuesta por una rampa a un lado y un tramo de tres peldaños en el otro, todo ello protegido por una barandilla acristalada en un lateral que garantiza la seguridad de los usuarios.



Pieza conformada con estructura metálica compuesta por perfiles tubulares de acero, apoyada sobre patas metálicas regulables en altura, con elementos elásticos de caucho en los apoyos para proteger los pavimentos o empedrados históricos. Rampa de 10% de pendiente con cuña de chapa metálica lagrimada antideslizante en el tramo inicial. Rampa y peldañeado con pavimento de tarima tecnológica con grapas de fijación ocultas. Barandilla lateral de vidrio templado de 1,00 m de altura colocado empotrado en perfil en U de la estructura perimetral y remate superior mediante perfil en U.

El recorrido por los jardines, entre los parterres, estatuas y fuentes, permite entender y apreciar la afición de los monarcas, especialmente de Felipe II, por la botánica. Bancos y sombras facilitan el uso y disfrute de los jardines, así como seis nuevos paneles informativos accesibles con plano de ubicación en bajorrelieve y la renovación de los aseos accesibles del Jardín de la Isla.



Paneles informativos accesibles, conforme a UNE 170002 y a la Comisión Braille Española (ONCE).



Aseos accesibles.

Dos cabinas accesibles señalizadas con placas en altorrelieve, contraste cromático e información en braille, permiten el acceso a las personas con movilidad reducida. Se incluye también un cambiador para facilitar el acceso a familias con carritos de bebés.

El escalón existente en la puerta principal del Jardín del Parterre, ubicada en el cierre oriental, ha sido sustituido por un pavimento empedrado en rampa para mejorar el acceso de todas las personas a los jardines del Palacio y la comunicación con los Jardines del Príncipe y con la ciudad.





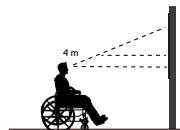
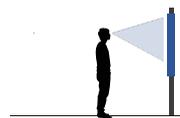
Puerta principal de acceso a los jardines.

 PATRIMONIO NACIONAL

**CONTROL DE ENTRADAS
TICKET
CHECKPOINT**



Perceptible de 0 a 4 m



Distancia de visión 0-4 m

 PATRIMONIO NACIONAL

**Control de entradas
Ticket control point**



**Continuación
de la visita
Continue the visit**

Complementando estas intervenciones, la cartelería del Palacio Real de Aranjuez ha sido renovada por Patrimonio Nacional en colaboración con Plena Inclusión, para mejorar la accesibilidad de todas las personas, con especial atención a la accesibilidad cognitiva.



Impreso en Madrid, en diciembre de 2023
D.L.: M-35002-2023



D REAL PATRONATO DISCAPACIDAD



PATRIMONIO NACIONAL

FUNDACION
ACS